

“Dijo entonces Jesús a los doce:  
¿También vosotros queréis ir?”

“Y le respondió Simón Pedro:  
Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes pala-  
bras de vida eterna.

“Y nosotros hemos creído y sabe-  
mos que tú eres el Cristo, el Hijo del  
Dios viviente” (Juan 6:66–69).

Pedro había aprendido lo que todo  
seguidor del Salvador puede aprend-  
der: para estar fielmente compro-  
metido con Jesucristo, lo aceptamos  
como nuestro Redentor y hacemos  
todo lo que podemos por vivir Sus  
enseñanzas.

Después de todos los años que he  
vivido, enseñado y servido, después  
de millones de kilómetros recorridos  
por el mundo, con todo lo que he  
experimentado, hay una gran verdad  
que desearía compartir. Se trata de mi  
testimonio del Salvador Jesucristo.

José Smith y Sidney Rigdon regis-  
traron lo siguiente tras una sagrada  
experiencia:

“Y ahora, después de los muchos  
testimonios que se han dado de él,  
éste es el testimonio, el último de  
todos, que nosotros damos de él:  
¡Que vive!

“Porque los vimos...” (D. y C.  
76:22–23).

Sus palabras son mis palabras.

Yo creo y yo estoy seguro de que  
Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios,  
y que Él vive. Él es el Unigénito del  
Padre, y “por él, por medio de él y de  
él los mundos son y fueron creados, y  
sus habitantes son engendrados hijos  
e hijas para Dios” (D. y C. 76:24).

Expreso mi testimonio de que el  
Salvador vive. Yo *conozco* al Señor.  
Soy Su testigo. Sé de Su gran sacrificio  
y Su eterno amor por todos los hijos  
del Padre Celestial. Comparto mi tes-  
timonio especial con toda humildad,  
pero con absoluta certeza; en el nom-  
bre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder William R. Walker  
De los Setenta

## Vivir firmes en la fe

*Cada uno de nosotros será enormemente bendecido si  
conocemos las historias de fe y sacrificio que llevaron a  
nuestros antepasados a unirse a la Iglesia del Señor.*

**M**e encanta la historia de la  
Iglesia. Quizá como muchos  
de ustedes, mi fe se fortalece  
cuando aprendo acerca de la notable  
dedicación de nuestros antepasados  
que aceptaron el Evangelio y vivieron  
firmes en la fe.

Hace un mes, 12.000 maravillosos  
jóvenes del distrito del Templo de  
Gilbert, Arizona, celebraron la finali-  
zación de su nuevo templo con una  
actuación inspiradora, con la que  
demostraron su compromiso de llevar  
una vida justa. El lema de su celebra-  
ción era “Vivir firmes en la fe”.

Al igual que hicieron esos jóvenes  
de Arizona, cada Santo de los Últimos  
Días debe comprometerse a “vivir  
firme en la fe”.

La letra en inglés del himno “Firmes  
creced en la fe”, dice: “Firmes en la  
fe que nuestros padres atesoraron”  
 (“True to the Faith”, *Hymns* N° 154).

Y podríamos añadir: “Firmes en la  
fe que nuestros abuelos atesoraron”.

Me pregunté si cada uno de esos  
jóvenes tan entusiastas de Arizona  
conocía su propia historia en la Igle-  
sia, si cada uno sabía cómo habían  
llegado *sus* familiares a ser miem-  
bros de la Iglesia. Sería maravilloso  
que todos los Santos de los Últimos  
Días conocieran la historia de la

conversión de sus antepasados.

Ya sean ustedes descendientes o  
no de los pioneros, la herencia de fe  
y sacrificio de los mormones pioneros  
es su herencia. Es la noble herencia de  
La Iglesia de Jesucristo de los Santos  
de los Últimos Días.

Uno de los capítulos más maravi-  
llosos de la historia de la Iglesia tuvo  
lugar cuando Wilford Woodruff, un  
apóstol del Señor, estaba enseñando  
el evangelio restaurado de Jesucristo  
en Gran Bretaña en 1840, sólo 10 años  
después del establecimiento de la  
Iglesia.

Wilford Woodruff y otros após-  
toles se habían centrado en trabajar  
en las áreas de Liverpool y Preston,  
Inglaterra, con mucho éxito. El élder  
Woodruff, que llegaría a convertirse  
en Presidente de la Iglesia, oraba  
constantemente a Dios para que lo  
guiara en esa obra tan importante. Sus  
oraciones le inspiraron a dirigirse a  
otro lugar a enseñar el Evangelio.

El presidente Monson nos ha  
enseñado que cuando recibimos  
inspiración celestial para hacer algo,  
debemos hacerlo ahora, no dejarlo  
para otro día. Eso es exactamente lo  
que hizo Wilford Woodruff. Con la  
indicación clara del Espíritu de “diri-  
girse al sur”, el élder Woodruff partió

casi de inmediato hacia una zona llamada Herefordshire, una región agrícola del suroeste de Inglaterra. Allí conoció a un próspero granjero llamado John Benbow y fue recibido “con corazones alegres y agradecimiento” (véase Wilford Woodruff, en Matthias F. Cowley, *Wilford Woodruff: History of His Life and Labors as Recorded in His Daily Journals*, 1909, pág. 117).

Un grupo de unas seiscientas personas, que se habían congregado con el nombre de Hermanos Unidos, habían estado “orando para pedir luz y verdad” (Wilford Woodruff, en *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia:*

*Wilford Woodruff*, 2004, pág. 93). El Señor envió a Wilford Woodruff como respuesta a sus oraciones.

Las enseñanzas del élder Woodruff dieron fruto inmediatamente y muchas personas se bautizaron. Brigham Young y Willard Richards se reunieron con él en Herefordshire y los tres apóstoles lograron un éxito notable.

En sólo unos meses, organizaron 33 ramas para los 542 miembros que se habían unido a la Iglesia. Esa obra tan notable continuó y, finalmente, casi todos los miembros de los Hermanos Unidos se bautizaron en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Mi tatarabuela, Hannah Maria Eagles Harris, fue una de las primeras personas en escuchar a Wilford Woodruff. Ella comunicó a su esposo, Robert Harris, hijo, que había oído la palabra de Dios y que tenía la intención de bautizarse. A Robert no le gustó escuchar el informe de su esposa y le dijo que la acompañaría al siguiente sermón que diera el misionero mormón, para aclararle a éste las cosas.

Sentado cerca de la parte delantera de la asamblea y con el firme propósito de no dejarse influenciar, y quizás también para molestar al predicador que les visitaba, Robert sintió de inmediato la influencia del Espíritu, como le había sucedido a su esposa. Supo que el mensaje de la Restauración era verdadero y él y su esposa se bautizaron.

Su historia de fe y devoción es similar a la de otros miles de personas: cuando escucharon el mensaje del Evangelio, ¡supieron que era verdadero!

Como dice el Señor: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen” (Juan 10:27).

Tras escuchar la voz del Pastor, dedicaron plenamente su vida a vivir el Evangelio y a seguir las indicaciones del Profeta del Señor. Como respuesta al llamamiento de congregarse en Sión, dejaron atrás su hogar en Inglaterra, cruzaron el Atlántico y se congregaron con los santos en Nauvoo, Illinois.

Aceptaron el Evangelio con todo su corazón. Mientras intentaban establecerse en su nueva tierra, ayudaron a edificar el Templo de Nauvoo con el diezmo de su trabajo: de cada diez días, dedicaban uno a trabajar en la construcción del templo.

Se les partió el corazón al recibir la noticia de la muerte de su amado



Profeta, José Smith, y su hermano Hyrum. ¡Pero siguieron adelante! Permanecieron firmes en la fe.

Cuando los santos fueron perseguidos y expulsados de Nauvoo, Robert y María se sintieron enormemente bendecidos por haber recibido su investidura en el templo poco antes de cruzar el río Misisipí en dirección hacia el oeste. Aunque no sabían lo que les depararía el futuro, estaban seguros de su fe y su testimonio.

Con sus seis hijos, se arrastraron por el barro y cruzaron Iowa en su travesía hacia el oeste. Construyeron un cobertizo junto al río Misuri, en el lugar que se conocería como Winter Quarters.

Estos intrépidos pioneros esperaban las instrucciones apostólicas sobre la forma y el momento de dirigirse hacia el oeste. Los planes de todos ellos cambiaron cuando Brigham Young, el Presidente del Quórum de los Doce, pidió voluntarios entre los hombres para servir en el ejército de Estados Unidos, en lo que se conocería como el Batallón Mormón.

Robert Harris, hijo, fue uno de los más de 500 hombres mormones que respondieron al llamado de Brigham Young. Se alistó aunque sabía que tendría que dejar atrás a su esposa embarazada y a sus seis pequeños hijos.

¿Por qué hicieron algo así él y el resto de los hombres?

La respuesta puede expresarse con las palabras de mi tatarabuelo. En una carta que escribió a su esposa cuando el batallón iba camino a Santa Fe, dijo: “Mi fe es más fuerte que nunca [y cuando pienso en lo que Brigham Young nos dijo], creo en ello como si el Gran Dios mismo me lo hubiera dicho”.

En otras palabras, sabía que estaba escuchando a un profeta de Dios, al igual que lo sabía el resto de los



hombres. ¡Por eso lo hicieron! Sabían que los dirigía un profeta de Dios.

En esa misma carta expresó su ternura por su esposa y sus hijos y contaba que oraba constantemente para que ella y los niños fueran bendecidos.

En esa carta, un poco más adelante, hizo esta enérgica declaración: “No debemos olvidar las cosas que tú y yo escuchamos y [experimentamos] en el templo del Señor”.

Junto con su anterior testimonio de que “somos dirigidos por un profeta de Dios”, estas dos sagradas amonestaciones han llegado a ser como un pasaje de las Escrituras para mí.

Dieciocho meses después de marcharse con el batallón, Robert Harris volvió sano y salvo al lado de su amada María. Permanecieron firmes en la fe en el Evangelio restaurado durante toda su vida. Tuvieron 15 hijos, 13 de los cuales alcanzaron la edad adulta. Mi abuela, Fannye Walker, de Raymond, Alberta, Canadá, fue una de sus 136 nietos.

La abuela Walker estaba orgullosa del hecho de que *su* abuelo había

servido en el Batallón Mormón y quería que todos sus nietos lo supieran. Ahora que yo soy abuelo, entiendo por qué lo consideraba tan importante. Ella deseaba volver los corazones de los hijos hacia los padres. Deseaba que sus nietos conocieran su herencia justa, porque sabía que sería una bendición en su vida.

Cuanto más cerca nos sintamos de nuestros antepasados justos, más probabilidades hay de que tomemos decisiones sabias y justas.

Y así es. Cada uno de nosotros será enormemente bendecido si conocemos las historias de fe y sacrificio que llevaron a nuestros antepasados a unirse a la Iglesia del Señor.

Desde el primer momento en que Robert y María escucharon a Wilford Woodruff enseñar y testificar de la restauración del Evangelio, ellos supieron que el Evangelio era verdadero.

También sabían que fueran cuales fueran las pruebas o dificultades que llegaran a experimentar, serían bendecidos si permanecían fieles en la fe. Casi parece que hubieran escuchado las palabras de nuestro profeta

actual, que dijo: “Ningún sacrificio es demasiado grande... para recibir las bendiciones del templo” (Thomas S. Monson, “El Santo Templo: Un faro para el mundo”, *Liahona*, mayo de 2011, pág. 92).

La moneda de dos libras del Reino Unido tiene esta inscripción lateral: “Subidos a hombros de gigantes”. Cuando pienso en nuestros grandes antepasados pioneros, siento que *todos* vamos subidos a hombros de gigantes.

Aunque esa amonestación proviene de una carta de Robert Harris, creo que innumerables antepasados enviaron el mismo mensaje a sus hijos y nietos: Primero, no debemos olvidar las experiencias que hemos tenido en el templo y no debemos olvidar las promesas y las bendiciones que cada uno de nosotros recibe gracias al templo. En segundo lugar, no debemos olvidar que somos dirigidos por un profeta de Dios.

Testifico que *somos* dirigidos por un profeta de Dios. El Señor restauró Su Iglesia en los postreros días por medio del profeta José Smith y no debemos olvidar que hemos sido dirigidos por una cadena ininterrumpida de profetas de Dios, desde José a Brigham, y sucesivamente con cada Presidente de la Iglesia posterior, hasta nuestro profeta actual, Thomas S. Monson. Lo conozco, lo honro y lo amo. Testifico que él es el profeta del Señor en la tierra en la actualidad.

El deseo de mi corazón es que, junto con mis hijos y nietos, honremos el legado de nuestros antepasados justos, aquellos fieles pioneros mormones que estuvieron dispuestos a ponerlo todo en el altar como sacrificio y a defender a su Dios y su fe. Ora para que cada uno de nosotros viva firme en la fe que nuestros padres atesoraron. En el santo y sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder L. Tom Perry  
Del Quórum de los Doce Apóstoles

## Obediencia mediante nuestra fidelidad

*La obediencia es un emblema de nuestra fe en la sabiduría y el poder de la máxima autoridad, a saber, Dios.*

La noche de hogar que la hermana Perry y yo hemos estado haciendo los lunes por la noche de pronto aumentó de tamaño. A nuestro complejo de apartamentos se han mudado mi hermano, su hija, el hermano de Barbara y una sobrina con su esposo. Es la única vez en la que he tenido la bendición de tener familia que viviera cerca de mí desde que era niño. En ese entonces, mi familia vivía en la misma cuadra junto con varios parientes de la familia de mi madre. La casa del abuelo Sonne estaba al lado de la nuestra, al norte, y la de la tía Emma al otro lado, al sur. En el lado sur de la cuadra vivía la tía Josephine, y en el lado este de la cuadra vivía el tío Alma.

Durante mi niñez, nos relacionamos con los parientes de nuestra familia todos los días y compartimos momentos al trabajar, jugar y pasar tiempo juntos. No podíamos hacer muchas travesuras sin que nuestras madres se enteraran rápidamente. Nuestro mundo es diferente ahora, los integrantes de la mayoría de las familias viven en diferentes lugares. Aun si viven relativamente cerca el uno del otro, a menudo no viven al lado. Incluso así, debo creer que mi niñez y mi situación actual son

un pedacito de cielo al tener a parientes queridos viviendo cerca el uno del otro. Me sirve como un recordatorio constante de la naturaleza eterna de la unidad familiar.

En mi juventud, tuve una relación especial con mi abuelo. Yo era el hijo mayor de la familia, retiré la nieve de las aceras en el invierno y cuidé del césped en el verano, tanto de nuestra casa como de la de mi abuelo y las de mis dos tías. Por lo general, el abuelo se sentaba en el porche delantero mientras yo cortaba el césped. Cuando había terminado, me sentaba en los escalones de la entrada a la casa y conversaba con él; esos momentos son recuerdos preciados para mí.

Un día le pregunté a mi abuelo cómo sabría yo si siempre estaba haciendo lo correcto, ya que en la vida se nos presentan muchas opciones. Como él solía hacer, me respondió con una experiencia de su vida en la granja.

Él me enseñó la manera de entrenar a una yunta de caballos para que trabajaran juntos. Explicó que una yunta de caballos siempre debe saber quién está a cargo. Una de las claves para controlar y dirigir a un caballo es